

MANDER

(Frio.)

Nada, al cabo...

Lo digo yo... ¿Qué le importa?

(Abraza á Isabel Clara y se dispone á salir. Cuando ya está á punto de franquear la puerta, aparece en el marco de la ventana del fondo Magdalena, y grita risueña.)

MAGDALENA

Isabel... ¿no conoces la nueva?

ISABEL

¡Ella!

MANDER

(Decidiéndose, casi escapando.)

¡Adiós!

ISABEL

(Natural.)

Está aquí; ¿no os quedáis?

(Ha desaparecido; cabizbaja Isabel Clara, va hacia su hermana.)

MAGDALENA

Isabel, ¿no conoces la nueva?

ISABEL

¿De qué nueva me quieres hablar?

MAGDALENA

(De un salto se encarama sobre el repecho de la ventana, y allí, sentada, con las piernas afuera y la deando el cuerpo hacia su hermana para hablarla, dice:)

Con la madre y la buena Groninga
—¡si tú vieras qué alegres están!—
nos salimos de casa hace un rato,
y nos fuimos las sendas allá,
donde está la casona arruinada
que en establo ha venido á parar...
—¡mala puerta, si pasan soldados,
que del quicio soltándose está!—
Con el hombro la abrió la Groninga;
nos entramos las tres al zaguán.
Poco espacio en el antro; unas tablas
donde hay hierba tendida á secar,
unas vigas muy bajas y negras,
en los muros color de humedad
y una franja de lumbre delgada
que se filtra de un roto cristal...
Se metió en el corral la Groninga;
detrás de ella empezamos á andar,
y sentí, en el calor del establo,
como un baño de calma y de paz
que, abrigado de tierra caliente,
cuando empieza el invierno á aflojar,
sube toda la savia á sus brotes
y se cuaja de flor el rosal...
—¿Dónde está la Groninga?... —Allá lejos,
dice madre—y la veo asomar,
por detrás de la vaca tendida,
las dos manos sobre el espaldar,
la cabeza tocada de blanco,

con que hacía una gran claridad...
 Avanzamos las dos en lo obscuro,
 y la moza comienza á gritar:
 «¡Llegue aprisa, madama María,
 no hagan ruido, les van á espantar.»
 Y la bestia movió la cabeza
 y nos dió una mirada de paz,
 y dijeras que hablaban sus ojos...
 Y la madre me hacía señal
 que pisara, al andar, con cautela,
 y empezamos las tres á mirar,
 que la vaca ha tenido pequeños...
 ¡Si tú vieras qué alegres están!

ISABEL

¿No se ha vuelto contigo la madre?

MAGDALENA

Con la moza quedáronse allá.

ISABEL

Magdalena, ¿y por qué las dejaste?

MAGDALENA

Me cogieron antojos de andar,
 de ver campos y verdes colinas
 á mis solas; con más libertad...

ISABEL

Los senderos, en tiempo de guerra,
 son esquivos.

MAGDALENA

 Mi paso es de paz.
 Quiero ver las cabañas en ruinas
 y el rescoldo aventado en la llar
 y los campos sin hombres en ellos
 y la tierra partiéndose ya,
 con amor de la siembra negada,
 la azada partida, los hornos sin pan...
 ¡tantas voces en tanto abandono
 que piden la paz!

ISABEL

¿Es verdad que al molino del río
 le arrancaron la piedra?

MAGDALENA

Es verdad.

ISABEL

¿Y quemaron las huertas entorno?

MAGDALENA

Y rompieron la esclusa, al pasar...
 Por caminos perdidos va el agua
 ¡que hasta el río ha querido llorar!

ISABEL

¿Y tú, sola?

MAGDALENA

¿Qué riesgo hay en ello?

ISABEL

¡Torna á casa!

MAGDALENA

Me pesa de entrar.
El encierro ha durado tres días,
la tarde es tranquila, la puesta un altar.
Me dan ansias de andar por los campos,
de quebrar el silencio mortal
con canciones; de herir en los ríos,
con guijarros, el limpio cristal
y que salte la espuma; de abrirme
camino sonoro, las selvas allá,
agitando las ramas, volcando
del nido las crías, á verlas volar...

ISABEL

*(Acercándose á ella en voz baja
como amonestándola.)*

De pararte al volver de una senda,
ó esconderte detrás de un zarzal
á sentir, si los aires abrasan,
y se esconde con miedo el gañán
y las rígidas lanzas negrean
apresando hasta el aire al andar,
cuando pasan los tercios de España,
qué golpe en las venas la sangre te da.

MAGDALENA

¡Isabel!

ISABEL

¡Magdalena, mi hermana!
¡por la Virgen! Me espanta el pensar,

si esta odiosa quimera no olvidas,
qué amarguras las tuyas serán...

MAGDALENA

*(Riéndose de los miedos de su
hermana.)*

He aprendido un romance de guerra;
lo cantaban mujeres de allá,
de ojos negros y trenzas de noche,
que siguen al tercio sin miedo al azar.

ISABEL

¡Magdalena!...

MAGDALENA

¿Qué espanto es el tuyo?
¿Ya no es dado á los tercios mentar?
Cuando el sol en sus lanzas se quiebra,
si de lejos les miras andar,
te parece que flota sobre ellos,
como un manto, la lumbre solar.
Traen ardiendo, en sus plumas bermejas,
los rescoldos de un bárbaro hogar
que no cabe en un reino, aunque es grande
y da unos calores que es dulce gustar.

*(Hay una pausa. Isabel levanta
los ojos al cielo y vuelve al fondo.
Magdalena, recostada contra el qui-
cio de la ventana, y como si estu-
viera cantando para sí, dice en voz
alta este romance de la guerra.)*

«Capitán de los tercios de España...

ISABEL

(*Temerosa, queriendo hacerla callar.*)

¡Magdalena!

MAGDALENA

»Señor capitán,
 »del de la torcida espada,
 »de la capa colorada
 »y el buen caballo alazán:
 »si fuera de empresa mía,
 »si mi honor no se oponía,
 »si diera á mi fantasía
 »rienda suelta en este día,
 »ya que partes, capitán,
 »¡contigo me partiría
 »y á la grupa montaría
 »de tu caballo alazán!

ISABEL

(*Desde el fondo, gritando un poco.*)

¡Vana copla de campo de guerra!
 No hagas caso de coplas jamás.

MAGDALENA

(*Siguiendo, imperturbable.*)

»No me escuchaste, cuitada,
 »y allá va la cabalgada,
 »lanza en puño y rienda holgada,
 »detrás de su capitán...
 »¡Clávame, dueño, tu espada
 »del revuelto gavilán,

»y llévame amortajada
 »en tu capa colorada,
 »soberbiamente plegada
 »sobre el caballo alazán!

ISABEL

(*Acercándose.*)

¡Magdalena!

MAGDALENA

»Y allá lejos,
 »á los extraños reflejos
 »del fosco cielo alemán,
 »cuando, olvidados los dejos
 »de nuestros amores viejos,
 »me traiciones, capitán,
 »si favor tu boca espera
 »de la blanca prisionera
 »que una ventura guerrera
 »libra indefensa á tu afán,
 »¡con mi mano enclavijada,
 »que la muerte hara sagrada,
 »yo he de quebrarte la espada
 »como una espiga, tronchada
 »por tu caballo alazán!
 »¡Dueña mía, dueña mía,
 »no me digas si te oía,
 »que estaba mi fantasía
 »riñéndose con mi afán;
 »para tu gloria y la mía,
 »por tu nombre y mi hidalguía,
 »con su tercio, en este día,
 »va á Flandes tu capitán.
 »No me hables, dueña, de olvidos,

»que embargados mis sentidos
 »de tus hermosuras van,
 »y hollados y escarnecidos,
 »he de traerte, rendidos,
 »diez corazones heridos,
 »en el arzón suspendidos
 »de mi caballo alazán!

ISABEL

¡Vana copla de campo de guerra!

MAGDALENA

(Con prontitud y franca sinceridad.)

¡Voz de un pueblo sediento de amar!

ISABEL

¡De oprimir!

MAGDALENA

¡De matar! ¿Quién lo niega?
 El amor también es crueldad.

ISABEL

¡Qué palabras!... ¡Cambiáronte, hermana!

MAGDALENA

¡Isabel!... ¿por qué tarda la paz?

ISABEL

No lo sé... ¿Qué querrías tú de ella?

MAGDALENA

No lo sé...

(Como siguiendo el romance.)

»¡Para aquí, capitán!»

ISABEL

(Mirándola fijamente a los ojos.)

¿Casarías con hombre de España?

MAGDALENA

¡Calla!... padre podría escuchar.

ISABEL

(Que mira a la lateral derecha y ve entrar a Juan Pablo.)

¡Cállome entonces!

MARÍA

(Suena su voz un poco lejos, llamando.)

¡Magdalena!

MAGDALENA

(Rápidamente, volviendo la cabeza al campo y gritando.)

¡Madre!

(Se hace pabellón con la mano en un oído como si escuchara algo que le dicen desde lejos.)

¿Qué, me buscabais?... Llevo tiempo hablando aquí con Isabel. ¡Corro á encontraros y daremos las tres la vuelta á casa!

(Desaparece.)

JUAN PABLO

(Como hablando con alguien, que queda dentro.)

Sube ya y cerraremos... ¿Qué, no subes?

ISABEL

Pretenderá quedarse con la prensa toda la noche, como ha dicho.

JUAN PABLO

¡Aguarda,
que esta vez por lo menos se lo estorbo!

(Gritando, pero dirigiendo la voz hacia la lateral derecha, que Martín pueda oirlo.)

¡Cierra allí el escondrijo, Isabel Clara, y acércame unos jarros de cerveza, que estoy sediento!

(Hace á Isabel gesto significativo que aguarde, y viene á sentarse en primer término; en el acto aparece Martín Frobel, que mira á todos lados; Isabel Clara sonríe.)

MARTÍN

(A Juan Pablo, con recelo.)

¿No se habló de jarros?

JUAN PABLO

(Volviéndose y simulando asombro.)

¡Ah! ¿tú aquí? Cierra el hoyo, Isabel Clara, —y confiesa Martín que la cerveza le trastorna al más terco la cabeza.

(Isabel Clara va al aparador por jarros y cerveza.)

MARTÍN

(Tomando un escabel y sentándose junto á Juan Pablo.)

Bien; por lo menos beberé...

JUAN PABLO

(Dándole en las rodillas una manotada amistosa.)

¡Sin duda!

(Isabel llega con la bebida en una grande azafata. Martín se refriega las manos con beatitud satisfecha. Entran por el fondo, armando bulla y risas, Paulota Groninga, Magdalena y María Berkey.)

MARTÍN

Ahora no es vicio, es sed.

JUAN PABLO

Así lo llaman.

MARÍA

(Al entrar.)

¡Juan Pablo!

JUAN PABLO

(Teniendo en la mano el jarro de
cerveza que le dió su hija.)

¿Ya de vuelta?

MARÍA

Escucha, escucha...

JUAN PABLO

(Atajándola y dándola el jarro de
cerveza que tiene en la mano.)

¡Nada digáis, por los recién nacidos!

MARÍA

(Tomando el jarro y levantán-
dolo.)

¡Por ellos, si tú quieres! Lo merecen.

(Cada cual se apodera de un jarro
y, sentados unos y otros en pie,

*forman cuadro alegre, viviente y
colorido, hasta que bruscamente
acaba esta situación.)*

GRONINGA

¡Por madama María, que es tan buena
y tan lúcida y blanca!

JUAN PABLO

¡Por la moza!

MARÍA

¡A ver qué haces, Paulota; tengo celos!

GRONINGA

(Muy corrida.)

¿De mí?

MARTÍN

¡Por mis amores enterrados!

ISABEL

¡Porque el viejo Martín duerma en su cama!

MARTÍN

¡No, no paso por ello! ¡Con mi prensa!

MAGDALENA

¡Por la paz!... ¡Que no tarde y siempre dure!

¡Amén!

MARTÍN

MARÍA

¡Que te oiga Dios!

JUAN PABLO

(Gritando, seco.)

¡Callad! Campanas...

(Se oye el toque á rebato de unas campanas en la aldea vecina, como pidiendo auxilio. Todos van dejando los jarros; el último Martín Frobel. El grupo se descompone conforme avanza el diálogo.)

MAGDALENA

¡Y tocando á rebato!

MARÍA

Es en la aldea.

JUAN PABLO

No lo entiendo... ¿Pasaron los de España sin que cuenta nos diéramos?

MARTÍN

Lo dudo.

GRONINGA

Nadie pasó, señor, por el camino.

MARÍA

¡Y siguen!

JUAN PABLO

Es el toque
con que piden auxilio las aldeas,
después de un saco.

MAGDALENA

¡Entonces, acudámosles!

JUAN PABLO

¿Quién se arriesga?... Pensadlo... Andan los tercios,
pues acabó el saqueo, por las sendas...
¡Pero no puede ser!... Esas campanas,
al mismo tiempo que la urgencia, indican
que háy ya seguridad en los caminos
para llevar el natural socorro;
es la costumbre.

GRONINGA

¿No serán, acaso,
los mismos españoles, que se ensayan,
promoviendo este son, á persuadirnos
que está el camino franco, y de este modo
hacer botín en los que salgan?

MAGDALENA

¡Calla!

JUAN PABLO

Pudiera ser...